

## 16

29 de marzo.

**Sin hora**

(DE UN CONCIERTO DE PADEREWSKI, CASALS Y LA SINFÓNICA.)

TODA manifestación ideal y espiritual es aquí aislada, sin hilación ni consecuencia. No es posible engarzar ninguna emoción en el bello ornato de un aderezo interior complicado y estenso. Nada responde *antes* ni *luego*: ni la hora, que aquí nunca existe, porque cada uno toma, para lo suyo, la suya, y no hay horas comunes que determinen el horario ideal ni aspectos armoniosos en que el alma prolongue su deseo despertado tan pronto, ni posibilidades aventureras que ni tienen marco, ni más que caminos de oro; ni bienestar de una paz en que, como en un lago, se difunda la emoción propia en un manso ondear hasta lejanas villas conocidas, de esas cuyo fin cercano es amado como si fuera infinito y en las que el corazón encuentra la plena alegría de su mejor derramamiento. Además, la cantidad de belleza por series es tal, que las cosas mejores están aquí como están las altas casas, apretadas en filas sin término y mareantes, y no tienen, en sus inmensos intereses, el del tiempo, y se confunden, se ilimitan, descendiendo a un nivel igual, como descenden los mismos rascacielos. Viven siempre en una azotea ideal, atrofia el alma, porque la belleza es más impresión que consecuencia. Y aquí no se vive en una altura ideal, no; pero se está en lo feo a su nivel, a un nivel sencillo y fácil. Por eso mucha jente se va a otra parte a buscar emociones nuevas, sin pensar que no hay nada mejor que lo bueno y que es el alma la que únicamente puede poner un marco a la primavera..

## 17

**Rosa blanca**

HA tornado el recuerdo  
con la primavera.

La negra la llevaba —en el subway—,  
blanca, en su pobre mano,  
blanca como la luna llena.  
Nunca vi en una rosa blanca  
más luz ni más pureza.  
(Entredormían todos —¿la miraban?—

con la caída soñolencia  
que da el hastío, el vino  
y la miseria,  
en la pesada hora de sol vivo  
recién llegado con la primavera.)

Era la rosa, en el estrépito  
negro y caliente, la conciencia  
—¡oh rosa blanca  
en la mano negra!—  
del día, intacta, delicada,  
inocente, serena,  
pura;  
la conciencia  
eterna, como el alba,  
de la belleza.

18

New York.

### Ratan Devi

EL escenario vacío parece la sala, y el público la farsa... Pero, ¿estaba ahí? Está. Y frente a ese público de carnaval, grotesco y maleducado, la pobre mujer de verde y blanco parece el hallazgo de la verdad. Como un perrillo en un cojín, se diría que busca un centro último antes de echarse. Al fin, se sienta. Y comienza, igual que un barco que entrara en agua, a balancearse. Sí, es un breve navío, y la tambora el mástil que lo lleva, con velamen de música, a la inmensidad. No parece que la mujer haga sonar la tambora con su mano, sino que le suplica que cante, y que ella obedezca, dócil, sola, sujestionada.

★

¿Nace por vez primera el murmullo? Es un balanceo que viene de lo más lejos del alma, del recuerdo presente, le parecerá alto en su alma. Mas nosotros lo oímos tan lejos como si sonara en el lugar mismo de su recuerdo. Cada breve canción crea y levanta el mundo. Es como el parto de un mundo igual que el mundo. ¡Qué trabajo sacarse de las entrañas la noche, la primavera, el sol, el amor, y dárnoslos vivos! Y tras de cada

canción, la mujer verde y blanca descansa, sudosa y recojida, como después de un parto.



Tagore dice, en el programa, de ella:

«Ni las tonadas ni la medida se modificaron en lo más mínimo para hacerlas más sencillas, para amoldarlas a la educación europea de la cantante... la música era inmaculadamente india... no había señal alguna de esfuerzo en la hermosa voz.

«Algunas veces el sentido de un poema se hace comprender mejor en una traducción, no necesariamente porque sea más hermosa que el original, pero como en su nuevo engarce el poema ha de pasar por una prueba, brilla más claramente si sale de ella triunfante. Así me pareció que al cantar Ratan Devi nuestras canciones ganaron algo en sentimiento y verdad. "No da énfasis a los goces sociales de los nombres". Escuchándola sentí, más claramente que nunca, que nuestra música es la música de la emoción cósmica. No trata principalmente del drama de las vicisitudes de la vida humana. En todas nuestras fiestas el objeto de nuestra música me parece ser el de traer al corazón de la multitud el sentido de la soledad y de la inmensidad que nos rodea por todas partes. Nunca es su función el proveer combustible para la llama de la alegría, templarla y añadirle una cualidad de profundidad y de deshacimiento. Nuestros *ragnis* de la primavera y de las lluvias, de la medianoche y del alba, tienen el elemento profundamente patético de una intimidad que todo lo invade a pesar de la distancia inmensa de la Naturaleza.

«Ratan Davi cantó un *alap* en Kanhra y por el momento olvidé que estaba en un salón londinense. Mi mente se transportó a la magnificencia de una noche oriental, con su oscuridad trasparente, pero insondable, como los ojos de una doncella india, y me parecía estar de pie, solo en la profundidad de un silencio y de sus estrellas».



... Ahora, de rojo toda, parece que se entra en su propio corazón y allí se acurruca, aislada, en él, del mundo, como en una choza de sangre, de llama, de pasión, de sentimiento. Y palpitando en él, le da, volando en su asiento, la bienvenida a abril, saltona como un cabritillo, por su alma. O es de noche, y suena un inmenso y solo mar de sangre caliente, que tuviera en sí el lamento oscuro de todo lo humano ignoto. Nunca he oído la vida más muerta ni la muerte más viva. El mástil de la tambora, en esta segunda navegación trágica, vacila, volviendo siempre a sí mismo como el de un navío a las mismas estrellas siempre.



Ratan Devi coje y duerme la tambora como a un niño; mece la canción con su cuerpo y la demuestra con la mano izquierda desentendidamente, como en sueños. Es como un movimiento sensual de la mano fuera de la voluntad. Se guarda la mujer toda en su sueño y no deja fuera de su orbe de misterio sino el jesto, segura de que por esta desnudez nadie llegará a la luz de su centro. Nada le importa nada y se dijera que en vez de estar frente a nosotros, estuviera frente al Cielo. Y casi no habla. Vibra. Cual si su lengua fuese un diapasón y la boca —y el corazón— una dulce caja de resonancia.



Al salir voy a saludar a Ratan Devi y a su Dr., que toman helados con Agripina, la Abuela de las Ninfas, —la del diamante lágrima en el ojo verde—. El Pendón de la Cuaresma y la Polilla del Cielo —esa del diablo de esparadrappo negro en la espalda cruda—. Y le ruego que me diga dónde puedo hallar las canciones persas e indias que acaba de cantar. Entonces me ofrece la última línea del programa, que dice: «The numbers following title of song indicate the location of song in the Book of Words».

Y se va del brazo de la mujer de Rubens, pasada por siglos, sin desalojar por ello menos aire del espacio, y que cubre lijeramente su opulencia chocha con una túnica de terciopelo más amarillo con la niebla rosa en que se envuelve el rodete blanquirrubio.

Y el indio compañero de Francis Thompson, las manos entre las piernas, se reía, doblado, como un niño.

19

19 de abril.

**Alta noche**

LA luna me ha traído a la alcoba de la novia de H. Heine. La noche emana un perfume de primavera, y en éste de la vieja N. Y. se siente el regazo del pasado. Suena un violín por la calle. La noche de [*espacio en blanco*] es igual en todas las partes del mundo.

20

**New York**

1

LA ciudad parece un marimacho grandote, con las botas sucias.

y 2

ESTA tarde, en el tranvía Harvard, iba, borracho y lleno de nieve, Poe, ya viejo.

21

N. Y.  
[21 de abril.]

### La luna de Semana Santa

ESTÁ ya llena, y triste. Todas estas noches la he venido viendo; anteayer sobre Woolworth, ayer en Broadway, esta noche aquí en la 5.<sup>a</sup> Avenida. Amarilla, la vela la niebla y tiene un cerco grande. Está bien lejos. Me parece que tendremos que andar toda la Quinta Avenida para llegar a ella, y estoy cansado.

La luna había ya perdido sentido para mí y en New York ha vuelto a cobrarlo. Parece como si su recinto blanco fuera el mismo de todas las noches.

Sí, muy bella, esta luna de Viernes Santo, llena, amarilla y triste. Pero me parece que para llegar a ella tendremos que andar toda la 5.<sup>a</sup> Avenida y, la verdad, estoy cansado... Quedémonos en la tierra.

22

### New York

(VIDA INTERIOR)

AQUÍ estoy. ¿Me estaba yo esperando? No sé por dónde andaba... Creía, loco, que venía del mundo.

23

### El árbol tranquilo

ESTÁ en la primera casa de la Quinta Avenida, en un sitio en que la iluminación artificial disminuye y se sale a la noche azul y fresca en la que se ven las estrellas claras entre algún que otro anuncio sobre el cielo. Abril ha besado al árbol en cada rama y el beso se le ha encendido en cada punto como un erecto brote de oro. Parece el árbol así brotado como un

candelabro de luces tranquilas de aceite —como esas que alumbran en las recónditas capillas de las iglesias— que velaran este regazo de la ciudad.

Junto a él tornan a mi alma, como por arte de majia, todas las lejanas emociones de jardines nocturnos de otros países y otros tiempos, todo cuanto es lo nocturno de flor, de yerba, de fuente y brisa. Y me vienen versos míos que ya tenía hace tiempo olvidados:

Qué triste es amarlo todo  
sin saber lo que se ama...

Pasan junto a él y a mí los ómnibus con el techo lleno de amantes que van a darse besos junto al río, un poco más cerca de las estrellas; pero el árbol no se entera y parece que entre él y éstos hay colores, olores y rumores de todos sus años, de todos sus inviernos, o un cerrado sueño indiferente. Entre sus luces —digo, sus flores— mis ojos suben en deleitable juego de azul, a las estrellas, en esa ascensión aguda y dulcemente triste y sin razón.

## 24

New York.

### Interior

MISS C.

AL entrar el primer día, en una casa, dice uno: ¡Qué bien! Muebles fuertes, serios muchas veces, colores neutros, cortinas dobles, anchura, altura, holgura, maderas buenas, hierro, libros, flores. Al quinto día ya no parecen tan bien. Al décimo parecen mal. Y se da uno cuenta de que las estancias son como esas que ponen de noche en los escaparates. Son estancias bellas, por metros de belleza y bienestar traídos de la tienda, en donde el dueño no está. No le sienta ni la belleza ni el bienestar porque se ve que el dueño está en esa casa como un visitante que no ve, fuera, desligado de ella, que mañana un sofá nuevo desterrará de la estancia y del recuerdo a este otro. Se siente que uno puede enseñar la casa al dueño como si fuera más de uno que de él. Sí. Todo está demasiado bien. Y eso, naturalmente, no es posible ni así se puede vivir. Cuadros bellos que el dueño tiene que ver su firma para contestar, sedas que no se acarician, luces que no se combinan, ni se alzan ni se bajan con la hora ni con el alma, fuegos que caliente el cuerpo solo y que no se abren a la naturaleza —¡el fuego, la única salida al mundo en la cerrazón del invierno!—, pianos que se abren para sonar a Beethoven —¡ah, sí, ya, Beethoven!— entre Gounod y Delibes.

## 25

**Cosmopolitismo**

EL cosmopolitismo es absolutamente incoloro, y es como si todo se fundiera en aquella caldera inmensa para salir color de hierro.

Alguien me dice:

—Es la monotonía que da el único interés de ganar dinero.

—Es posible.

Y debe ser así, porque huele a metal. Toda la ciudad hecha como en una fundición: casas con molde.

## 26

**Lecturas**

FROST: ... amable  
señora, cuya ancianidad  
estaba aún sobre los  
soportes de la primavera.

SE discutía, aquel martes último, en la «Poetry Society», si el amor entraba por mucho o por poco en la poesía actual de América. Casi todos opinaban que era un muerto de las poesías semiolvidadas de los poetas de Nueva Inglaterra. Una se levantó entonces y, después de recitar los versos de Frost que anteceden, llena de abierta y embriagada emoción, dijo que le parecía uno de los más bellos poemas de amor que había jamás leído.

Yo asentí. La viejecita tenía razón.

## 27

**Notas**

## 1

JARDÍN de las cascadas del Vanderbilt.

En el piso 19. Como una tienda de campaña china, persa... ¡qué sé yo! Luces granas, verdes, violetas. Señoras desnudas... digo vestidas hasta el alma. En derredor, por las ventanas, dulcemente azul, N. Y. y los puentes y Brooklin, en la última luz de la tarde. En el escenario la cascada de luz verde. En una breve isla central como un alarde agudo de elegancias, el primer violinista de la orquesta, de rojo y verde, haciendo... cosas.

y 2

¿FUERTE? No. Éste no es un pueblo fuerte, ni un pueblo heroico. Es un pueblo numeroso que cree que es honrado.

28

**& Co.**

... BUENO. De acuerdo. Y van a tomar los dos un cuartito de un metro cuadrado —que aquí llaman oficina— sin escalera, con ascensor, entre el purgatorio y el infierno. Ponen en la puerta, con letras negro y oro: Fulano, Mengano & C°. Se quitan las americanas y se ponen a trabajar. Esto es, se sientan en unas sillas, que es lo único que hay en la oficina, escriben cartas, mascan goma y hablan por teléfono. A los quince días, se disgustan y cada uno busca otro & C° en otra oficina por el estilo, por otros quince días... & C°.

29

New York.

NUNCA he comprendido como ahora el perjuicio de la cantidad. Hay tanto de todo que ni lo bello parece tan bello ni lo feo tan feo.

30

**El mal ejemplo**

SI es verdad que no hay más que una cosa peor que el orgullo y es la humildad, no hay más que una peor que los vicios personales y son las virtudes colectivas. Las virtudes colectivas son las encubridoras del vicio personal, es decir, del mal ejemplo, es decir, del buen ejemplo, puesto que es un mal ejemplo que puede curar. El vicio personal puede ser así odiado; y si el ejemplo sirve de algo, servir de ejemplo.

Aquí en los Estados Unidos, no se cuida el vicio personal en sí mismo sino por lo que tiene de mal ejemplo, y porque puede ser colectivo; y nunca la imagen del pantano en flor ha sido más justa y con su moraleja —moravieja. Sí. Esto tiene en este aspecto la antipatía del apólogo. Sí, eso es: una gran fábula que podía haber compuesto un elefante con personajes humanos. No sé lo que le sucederá a los elefantillos.

Yo nunca he aprendido nada con el apólogo de la escuela ni con lo que se llama buen ejemplo. Para que las cosas tengan eficacia ¿no lo dice Platón? es preciso que uno mismo las encuentre. Así pues, yo le digo a los Estados Unidos de Norte América: «¡Viva el mal ejemplo, el vicio personal, puente de salvación! ¡Mueran las virtudes colectivas, mar podrido como un pantano!».

### 31

20 de mayo.

#### Washington

HE nacido dos veces, una de mi madre. Otra de mí mismo. ¡Qué lucha, qué oscuridad, qué escribir, hasta haber podido, ya nacido, nacer otra vez y de mí mismo! Ya soy yo mi matriz y mi sepulcro. Nada me liga a nada. Todo me liga a todo. ¡Qué desligado estoy, de parte alguna soy y contra todas estoy! ¡Qué gusto el de poder hablar bien de todo lo que no es de uno, por condescendencia! ¡Qué gusto poder hablar mal de todo lo que no es de uno, y por odio sin razón, por capricho! He cortado el cordón de mi memoria del ombligo del pasado.

### 32

#### Miss Rápida

—¡OH, qué casa tan agradable, qué casa ¿no? para vivir en ella! ¡Qué gusto de casita! ¡Con esa puerta y esas ventanas! ¡Qué bien estar ahí, echada en la colina!

—Si es un anuncio de leche...

—Oh, el mar. Míralo con la luna, ¡qué hermoso!

—Pero si es una serie de rieles por los que ahora el reflector...

—Es la estatua de... no recuerdo. Fue un médico famoso que descubrió...

—¡Si es la estatua de Juana de Arco...!

Miss Rápida tiene una imaginación peregrina. Le he recomendado que escriba una guía de «Primeras impresiones» para los alemanes... ahora; para los que sean, luego.

### 33

#### New York postal

EN las librerías, en los hoteles, en las estaciones, en las calles, un Nueva York en tarjetas postales se ofrece, todo lleno de ricos colores limpios, sin

miedo a la verdad, digo a la mentira. Se dijera un N. Y. pintado con óleo y lavado delicadamente, en el amanecer de un abril único, por una esponja cuidadosa. Así lo había yo copiado en el fácil espejo de la imaginación lírica: casas inmensas de mármol blanco, atroces resplandores —de mal gusto, pero con su belleza— de oro vivo en las altas cornisas, limpias orillas de aguas complicadas, avenidas de parques y palacios... Me he guardado aquella joya, como un diamante inútil, en la caja del olvido. No sé si el sueño era mejor o peor que la realidad. A veces me parece más bello. A veces parece más bella la verdad en su fealdad misma como el descubrimiento de una ignorada fuerza humana que tiene su hermosura en sus defectos propios. Así, nunca he sentido el arrepentimiento de ahora por haber enviado a través del mar estas N. Y. de colores que venden en la N. Y. grande, sucia, negra y huracanada. El *todo es siempre menos* podría convertirse aquí en *todo es de otro modo*.

Y cada postal que he mandado desde aquí me hace sentir mi castigo como si fuera mi propia fantasía la que va atravesando mares y tierras en tan breves cuadros, franqueada con dos centavos y sellada suciamente con el matasellos de una de estas groseras manos de oficina astrosa.

## 34 ¡Gloria!

YO pensaba  
en mí como en la pena sola,  
estasiado por ti del todo, tú  
que no eras nada: tierra y muerte.

Yo pensaba  
en ti como en la sola vida,  
olvidado de mí del todo, yo  
que lo era todo: vida y gloria.

Por ti fui a mí, de ti a mí vine,  
como un resucitado,  
como un trasfigurado. Gloria y vida.

## 35

Filadelfia.

DONDE tú, alma mía, entras,  
todo se limpia y se ordena